

# Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica  
Antología 1917 - 2000

Ampuero  
Beleván  
Calderón-Fajardo  
Cueto  
Castro  
Dughi  
Fernández  
Iwasaki

## Capítulo 5

Ortega  
Oviedo  
Pollarollo  
Prochazka  
Ribeyro  
Sala  
Sánchez Aizcorbe  
Silva-Santisteban  
Thays  
Tord  
Vidal

Primera edición: abril de 2002

*Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento*

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

# CIDE HAMETE BENENGELI, AUTOR DEL QUIJOTE

*Pero yo, que, aunque parezco su padre, soy padrastro del Quijote...*

*Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma:... Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno...*

**Miguel de Cervantes Saavedra**

*El ingenioso hidalgo*

*Don Quijote de la Mancha*

A pesar de mis largos años de historiador, no puedo dejar de sentir ansiedad y sobrecogimiento cuando accedo a alguno de aquellos desordenados repositorios de manuscritos de los conventos andinos, que conocieron hace dos o tres centurias un excepcional florecimiento. Pienso que esos vetustos salones de estanterías atestadas de pergaminos, constituyen el meollo, el corazón mismo, de aquellos claustros magníficos.

Quien haya indagado en esos antiguos repositorios, no podrá evitar sentirse anonadado por el inmenso cúmulo de informaciones preservado a lo largo de la intensa y compleja vida de estos monasterios. Toda la existencia de un historiador no sería suficiente para estudiar con detenimiento uno solo de estos archivos. Por carecer de orden y clasificación, cualquier documento importante que en ellos aparezca constituye un hallazgo de la buena fortuna y no de la previsión. Mientras esos archivos permanezcan desconocidos, parte sustantiva del pasado continuará incomprendido, juzgándosele de manera incompetente. Aquellos testimonios que permanecen sepultados bajo un polvo varias veces centenario encierran una rica historia inexplorada, lo cual hace que sepamos solo lo más epidérmico o episódico acerca del Virreinato y muy poco de sus vivencias intelectuales y espirituales.

Ocurre también que no siempre lo que se halla, por excepcional que parezca, puede ser fácilmente revelado en los medios académicos. Al fin y al cabo los

investigadores sabemos que no todo lo que se escribió —aunque lo registrara un escribano— posee la solidez de un acontecimiento demostrable. Y, para un historiador, tener que dejar «reposando» un documento hasta que su verosimilitud llegue a ser incontrastable, alimenta una ansiedad tal que se llega a lamentar haber tropezado con un testimonio semejante. Yo vivo dominado por una similar perplejidad. Una ansiedad y una desazón tan grandes, que me es insoportable ocultar por tanto tiempo un hallazgo que temo se extravíe o se extinga conmigo; por lo que he resuelto dejarlo escrito en estos apuntes personales para que al menos quede una noticia —aunque frágil, lo sé— de ese inusitado descubrimiento que nunca me atreví a comunicar en congresos y publicaciones académicas. Pero vayamos al grano.

Tras efectuar prolongadas y tenaces gestiones en Lima, logré que el provincial de los franciscanos me autorizara a realizar investigaciones en el archivo conventual de su Orden en la antigua ciudad de Huamanga, hoy Ayacucho. Fue una estadía muy fructífera para los temas que me interesaban. En mis ratos de ocio se me dio por curiosear aquellos manuscritos coloniales tempranos que, por mandato de las autoridades del convento, describían las más íntimas experiencias místicas de los frailes o, en ocasiones, exámenes de conciencia de rara prolijidad. Y fue la lectura del firmado en agosto de 1627 por un fray Diego de la Santa Fe el que desencadenó el único desasosiego incontrolable de mi carrera profesional.

El manuscrito en cuestión se compone de doce folios de formato mayor de buen papel de Holanda cosidos con tripa de carnero. Por haberse conservado en un ambiente seco de sierras sobre los dos mil metros de altura se halla, como casi todo el archivo, en buenas condiciones. La tinta ha adquirido una tenue tonalidad sepia pero no ha perdido nitidez, de tal forma que la transcripción del texto no ofreció ninguna dificultad. A ello hay que sumar la letra del fraile, menuda pero bien dibujada. Su trazo ocupa casi toda la superficie del papel de manera que no ha quedado espacio alguno para márgenes. La firma es perfectamente legible y, como es de rigor, concluye con la sigla OFM —*Ordo Fratrum Minorum*—, y una cruz. Sería farragoso copiar íntegramente este documento, que puede ser consultado en la biblioteca de aquel venerable convento, o en la versión paleográfica de mi archivo particular. Me limitaré a su explicación transcribiendo literalmente algunos pasajes imprescindibles.

Fray Diego de la Santa Fe, luego de las invocaciones religiosas de estilo, precisa desde las primeras líneas que ese testimonio es una confesión que revela su antigua identidad. Agrega que esos recuerdos los trae a colación sometiéndose obedientemente a la indicación de fray Pedro de Moguer, su director espiritual, quien le había ordenado dejarlos por escrito. Aducía aquel consejero de almas

que «una intervención de tanto mérito no debe quedar en el olvido, pues si bien un religioso ha renunciado al mundo por su propia voluntad, habrá otros hombres que se interesen por conocer noticias tan peregrinas acerca de las bellas letras...».

¿Y a qué «noticias tan peregrinas» se refería aquel director espiritual? Veinticinco años atrás —en 1602— fray Diego de la Santa Fe había compartido el mismo calabozo de la Real Cárcel de Sevilla con un recluso de nombre Miguel de Cervantes Saavedra, con quien hizo honda amistad. El hecho no tendría más que un interés anecdótico, si no fuera que fray Diego, en las noches de tristeza y de tedio de aquella prisión que albergaba a dos mil presos, le había descrito a Cervantes los rasgos esenciales de la personalidad fantástica que iba a ser más tarde el protagonista central de su célebre obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Aquella novela del antiguo amigo y compañero de desventuras, que fray Diego había leído veinte años más tarde, conmovido y deslumbrado, en aquella remota biblioteca de un convento de los Andes. Tras esta revelación extraordinaria, el religioso confiesa algo de sí mismo tanto o más sorprendente aún: que él, fray Diego de la Santa Fe, en aquella época de Sevilla, bajo el nombre cristiano de Antón Gonzálvez, ocultaba su verdadera identidad: la del morisco cristianizado Hamete ben Gelie. Es decir, que él había sido... aquel mismo «historiador arábigo» que, afirma Cervantes, escribió el *Quijote*: Cide Hamete Benengeli.

Fray Diego de la Santa Fe —o Hamete ben Gelie— se explaya en su desconcertante testimonio con pormenores sobre su origen. Dice que su familia era de moros conversos acogidos a la cristianización impuesta por los Reyes Católicos luego de la toma de Granada. Subraya que, si bien la adopción de la fe de Cristo había sido un acto sincero en la mayoría de los miembros de su familia, en su seno habían persistido prácticas espirituales de antigua ascendencia islámica «profesadas por algunos parientes que habían pertenecido a aquel selecto cuerpo de oficiales de la caballería noble de los califas de Córdoba...». Estas prácticas nunca las consideraron ellos incompatibles con el cristianismo, pues no tocaban sus dogmas, mandatos y creencias fundamentales. Antes bien, las consideraban caminos de realización espiritual que «perfeccionaban la comprensión de las Sagradas Escrituras».

Narra fray Diego que ingresó a la Real Cárcel de Sevilla, precisamente por una acusación de blasfemia e idolatría que había sufrido ante el Santo Oficio de la Inquisición. Recuerda este religioso que el proceso fue sencillo, pero innecesariamente largo. Fue en esta circunstancia que conoció a aquel literato de cierta fama recluido a raíz de confusas cuentas que pedían esclarecer los funcionarios reales. La referencia a los ancestros cordobeses de cada cual y, sobre todo, las

comunes aficiones intelectuales acercaron de inmediato a estos dos hombres en esas mazmorras bulliciosas, atestadas de seres zafios, torcidos y vulgares. Dice fray Diego que fue grande su satisfacción en el trato con Cervantes pues, día a día, apreció en él «un alma sensible y generosa, plena de experiencias, que a pesar de su natural abatimiento por la circunstancia en que se veía envuelto, bullía en proyectos literarios de toda especie...». Pero ninguna de sus impresiones le dejó tan honda huella, como el fino y vasto conocimiento que tenía de aspectos velados e interiores del pensamiento místico islámico. Por cierto, aclara fray Diego, buena parte de ese conocimiento lo había recibido durante su larga prisión de cinco años en Argel luego que fuera capturado, en setiembre de 1576, por el pirata renegado albanés Arnaute Mamí. En esa ocasión, a pesar de su desdichada situación, Cervantes había hecho amistad con importantes escritores árabes de Argel quienes —asevera fray Diego— «fueron cautivados por la espléndida personalidad de aquel hombre imaginativo e ilustrado, que también suscitaba respeto por su valerosa actuación en la batalla de Lepanto, en la que había quedado inutilizado del brazo izquierdo y recibido el reconocimiento del jefe de la liga cristiana contra los turcos, el ínclito Don Juan de Austria».

Si bien fray Diego consideraba que Cervantes había recibido conocimientos fundamentales durante su prisión en Argel, su formación decisiva la había obtenido en aquel misterioso viaje a Orán que efectuó en 1581 como correo del Rey de España ante el alcaide de Mostaganem. Allí entró en relación con notables maestros de las fraternidades sufíes, que lo iniciaron en ejercicios místicos de interiorización y en el conocimiento de venerables doctrinas desconocidas por el vulgo.

«Sabiedo Cervantes de mi ascendencia islámica —dice fray Diego— y sobre todo habiéndose percatado de inmediato que yo tenía noticias serias acerca de aquellas prácticas místicas, me confió con ardiente entusiasmo cómo sus conversaciones con aquellos nobles imanes le habían permitido una comprensión inesperada del mundo espiritual. Esa experiencia le había hecho entender mejor la alta poesía espiritual de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz». Pero, especialmente, precisa el religioso, «...fue como iluminado con las imágenes del juego de espejos que presenta la Realidad y acerca de cuyas sutiles implicaciones son verdaderos eruditos los ascéticos maestros de algunas fraternidades sufíes del norte de Africa».

«Fue a lo largo de esas conversaciones —asevera fray Diego— que Cervantes sintió crecer en él un irrefrenable deseo por componer una obra que describiera la vida del alma noble asediada, agredida y burlada, por las apariencias. No una obra propiamente mística —‘pues para ella hay plumas excelsas de santos’, como él decía— sino una obra humana, aferrada a la tragedia del mundo, de la exis-

tencia. Y cuando lo veía gesticular con tanto ardor en la semipenumbra de la prisión —agregaba nuestro religioso— entendía yo que en verdad hablaba de un drama universal que era su propio drama, comprendido, iluminado diría mejor, por aquella perspectiva filosófica que habían sembrado en él los sutiles espirituales islámicos».

«Fue en una de esas noches sombrías —continuaba fray Diego— en las que nos comunicábamos por susurros nuestros arrebatos fantásticos, que recordé una remota historia que había oído contar en mi infancia a uno de mis tíos. Una de esas historias en las que mediante alegorías se enseña una vieja sabiduría que va formando el espíritu de quienes pertenecen a una misma comunidad de lengua y pensamiento. Aún recuerdo aquella voz nasal e impersonal narrando en árabe, a la luz de un brasero, aquel relato del Caballero del Desierto a quien le ocurren mil y una aventuras de las cuales solo algunas, que había yo retenido, transmití a Cervantes quien, desde aquella noche, y por siete más, escuchó embelesado. En esencia —decía fray Diego— aquel Caballero era uno de los modelos legendarios del inicio de las órdenes de caballería islámicas, siendo la narración de sus aventuras una extensa alegoría de los diversos obstáculos o niveles del conocimiento que debe alcanzar —mediante la experiencia— el ‘peregrino armado’ que viaja en busca de la Amada, es decir, de la Sabiduría. En términos sufíes, de aquél que inicia su travesía desde la desordenada y engañosa apariencia del mundo hasta la total identidad con la Amada que, en verdad, también es la propia alma que yace cautiva entre las pasiones y fantasías de la vida en tanto el caballero peregrino, con sus nobles acciones, no la libere».

«¡Había que ver —exclama fray Diego— el contraste que ofrecía la grandeza y transparencia de esos relatos que nos fascinaban con la sordidez de esa cárcel! Pero no cabe duda de que las audacias y extraordinarias proezas de aquel Caballero del Desierto nos consolaron hasta el extremo de sentirnos como aludidos en nuestra patética circunstancia. Al menos así lo dejó entrever en más de una oportunidad Cervantes, que se reía amargamente al ver fluctuar su existencia entre polos tan contrapuestos como la felicitación y recompensa del propio hermano del Rey Felipe II por su heroico comportamiento en Lepanto, y su desdichada condición de prisionero en Argel, primero, y de reo más tarde, en esa triste cárcel sevillana».

Esa circunstancia reavivó en aquellos dos amigos de infortunio la idea de marcharse al Nuevo Mundo. Cervantes ya lo había intentado años atrás sin conseguirlo. Entre todas las sugerencias que había elevado a Su Majestad, ansiaba ser nombrado Corregidor de Chuquiabo, en el Virreinato del Perú. Luego que salieron los dos de la prisión, Cervantes emprendió viaje a Toledo sin poder lograr su deseado nombramiento en el Nuevo Mundo. Fray Diego —después de

no pocas peripecias que en su confesión detalla— sepultó para siempre su nombre de Hamete ben Gelie trocándolo definitivamente por el de Antón González con el que pasó con dudosos papeles a la Hispaniola, México y, por último, al Perú. Aquí viajó durante veinte años, con el trajín de la venta de muy variada mercadería por las principales ciudades del inmenso Virreinato. Y en todo ese largo lapso no supo más de lecturas ni de amistades de literatos hasta que, ya de setenta y cinco años, sin familia y sin hijos, se encontró con una mediana fortuna entre las manos y una gran desazón en el alma: ¿de qué le había valido tanto mercar si a esa altura de su vida no sentía paz en el espíritu? ¿A quién dejar sus bienes? ¿Qué hacer de su soledad frente a la muerte? Fue así que, como enviado del cielo, escuchó la maravillosa prédica de su actual director espiritual. Luego de una adecuada preparación de dos años, Hamete ben Gelie ingresó al convento franciscano de Huamanga aportando la dote de todos sus bienes. Y así fue que, pocos meses después, en la gran biblioteca de la Orden, pudo leer con inefable sorpresa la Primera Parte del *Quijote* de Cervantes, en la edición príncipe madrileña de 1605, llevada a los Andes por el librero Juan de Sarria al año siguiente de su impresión. Y, cosas de la riqueza bibliográfica que atesoran nuestros conventos, aún pude apreciar hace dos décadas ese mismo ejemplar perfectamente conservado en el convento franciscano de Huamanga... icon la cifra de su precio original: 32 reales!

Revisé con recogimiento y emoción ese libro venerable. Y creí hallar en él las huellas de fray Diego: con suave tinta negra que el tiempo ha desvaído, ese ejemplar tiene subrayadas todas las referencias en el *Quijote* a Cide Hamete Benengeli. No es posible afirmar sin lugar a dudas que sea ese mismo, y no otro, el ejemplar que leyó. Sin embargo, es muy significativo que en el convento en que vivió fray Diego se encuentre una edición de época con marcas que destacan un interés evidente y exclusivo en ese nombre.

No olvidó este religioso transmitir con frescura e ingenuidad los sentimientos que lo embargaron al leer su oculto antiguo nombre en obra de tanta resonancia. Añoró aquellos días de prisión con aquel hombre encantador quien, a pesar de no verlo más, lo había recordado honrándolo como coautor de esa obra asombrosa. Recordemos que, en el capítulo IX de la Primera Parte, Cervantes cuenta que estando en la calle Alcaná de Toledo, escuchó a un muchacho ofrecer en venta unos cartapacios escritos en caracteres arábigos. Interesado en ellos, y habiendo hallado a un morisco aljamiado que se los tradujese, le ocurrió lo que asevera: «Cuando yo oí decir ‘Dulcinea del Toboso’, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de Don Quijote. Con esta imaginación le di prisa que leyese al principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que

decía: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe*. Y, por si no fuese suficiente, como para remarcar aquella condición, Cervantes precisaba en el *Prólogo* que él no era el padre del *Quijote* sino su padrastró. Al respecto, no dejaba de haber un rasgo de piadosa modestia en el fraile cuando aclara que «aquello de Cide, que es Sayyed en árabe, antecediendo a mi nombre original, ha sido un exceso de Cervantes pues este es un título o tratamiento que solo se alcanza en el Islam por muy altos merecimientos espirituales».

Imbuido de la característica humildad de la Orden seráfica fray Diego concluía afirmando: «No puedo dejar de sentirme perplejo al constatar los cauces que toman los acontecimientos de la vida: la historia sufi legendaria y remota de un Caballero del Desierto, narrada en mi niñez por un tío y trasmitida muchos años después en una cárcel sevillana a un recién conocido inspiró una obra inmortal». Y, agregaba Hamete ben Gelie una consideración que, a pesar de su condición de religioso franciscano, parecía devolverlo a aquellas épocas en que practicaba secretamente ejercicios espirituales heredados de sus ancestros mudéjares: «No hay duda que aquel lúcido Cervantes estaba destinado a reflejar un aspecto sustantivo de la condición humana cuya visión está permanentemente presente en los testimonios de los grandes místicos cristianos e islámicos. No puedo dejar de referirme a estos últimos, pues Cervantes había sido alimentado por ellos y porque la semilla de su historia del *Quijote* había sido una alegoría sufi del viaje del alma y del peligroso juego de apariencias que es la realidad».

Según fray Diego, la convicción que animó a Cervantes se evidencia hasta en la divisa que escogió para la bordura del escudo tipográfico de la primera edición que he tenido en las manos: *Post tenebras, spera lucem* (Después de las tinieblas, espero la luz), que es toda una soberbia expresión de esperanza acerca de lo que un lector sagaz y penetrante puede hallar en el *Quijote*.

Luego fray Diego se extiende en recuerdos de excepcional importancia para los estudios exegéticos que se efectúen de aquí en adelante sobre esta novela inmortal. Dice este religioso que Cervantes estuvo profundamente imbuido de aquel espíritu alegórico y simbólico que era tan caro a los poetas místicos islámicos. Y afirma a continuación algo decididamente asombroso, y que es de rigor transcribir textualmente: «Lo esencial de lo que apreció Cervantes en Orán y Argel, para quien sepa entender, está sugerido bajo los velos del relato del cautivo, que se lee desde el capítulo XXXIX al XLI de la Primera Parte. Como en otras narraciones alegóricas árabes, en esta Cervantes cuenta cómo fue liberado de su prisión: gracias a la mora Zoraida a quien habían ocurrido dos apariciones de una antigua esclava suya ya fallecida que de niña le había enseñado la *zala* —la oración— cristiana. En estas apariciones recibió el mensaje de que fuese a

tierra cristiana para ver a Lela Marién (la Virgen María) que la quería mucho. De esta manera Zoraida le propuso al cautivo huir con ella para lo cual le proporcionó el oro necesario. Esta liberación se realizó de tal forma que Zoraida abandonó a su padre, un 'moro principal' llamado Agi (nombre árabe para designar a quien ha efectuado la peregrinación a la Meca) Morato, fugando con el cautivo y sus compañeros en una barca que fue asaltada en alta mar por piratas franceses. Concluida felizmente esta peripecia, la pareja llegó sana y salva a España donde el cautivo reencontró a su familia, y Zoraida su destino como esposa de él».

Aclara a continuación fray Diego: «Es por cierto este un relato inesperado, y hasta inopinado, en el discurso de aventuras y capítulos del *Quijote* en su Primera Parte, pero precisamente lo es porque Cervantes ha narrado en él su propia historia, su aventura íntima de cautivo del mundo y sus embaucadoras apariencias, que encuentra la liberación gracias a su dama —la sabiduría— la cual, alhajada de conocimientos, vive en un palacio próximo a la cárcel y recibe apariciones místicas que le indican que liberte a ese cristiano, abandone a su padre —el mundo árabe— y se case con él. Es pues muy claro: la liberación de Cervantes de su cautiverio de Argel fue también —y sobre todo— una liberación interior gracias a aquel conocimiento (*isuffi*?) que está alegorizado en aquella bella Zoraida sin la cual no hubiese conseguido su libertad».\*

Fray Diego concluye diciendo algo que nos da una idea de su respetable formación intelectual: «Pocas veces se podrá explicar literariamente, con elementos tan claros y sencillos, la aventura espiritual de un hombre que, sin renunciar a su fe originaria, el cristianismo, ha recibido del Islam una sabiduría que no afecta a su religión, sabiduría que le fue transmitida como una llave de liberación interior heredada de antiguas tradiciones a las que tuvo acceso durante su prisión en Argel entre 1576 y 1580, y en su viaje a Orán en 1581».

Agrega fray Diego que Cervantes no podía detenerse en su obra literaria en disquisiciones filosóficas y de doctrina, pero hay diversos pasajes que traslucen lo sustantivo de su aprendizaje en tierra musulmana. En ellos Cervantes aprovechó para dejar algunos rastros, siendo uno de los más significativos el siguiente: «Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo

\* Importa subrayar que en la historia del cautivo, este —el propio Cervantes— tiene un «menor hermano que está en el Perú, tan rico que con lo que ha enviado a mi padre y a mí... he podido con más decencia y antoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo». Interpreto: ese «hermano» en el Perú que lo ha ayudado en sus estudios, para llegar al «estado interior» en que se halla, es su hermano espiritual Hamete ben Gelie, a quien tanto le debió en su prisión de Sevilla y que Cervantes intuía que se hallaba en aquel remoto virreinato donde él mismo pretendió ir alguna vez.

con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés a llamarte ¡Dádiva santa desagradecida! Yo, aunque moro, bien sé por la comunión que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo esto, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere a contentar con ser pobre si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de nuestros mayores santos: 'Tened todas las cosas como si no las tuviesedes' y a esto llaman pobreza de espíritu [...]. Debo llamar la atención [subraya nuestro religioso] acerca de la insistencia de Cervantes en hallar coincidencias entre aspectos sustanciales de la doctrina sufi y sugerencias cristianas como esta del apóstol Pedro que en tan pocas palabras se acuerda con la enseñanza sufi del desapego. ¿Tendría que hacer notar con otra cita la visión del mundo que trajo del norte de Africa mi antiguo compañero de celda? Pero bastará con que se lea el inicio del capítulo LIII de la Parte Segunda, donde aparece tan evidente ese fino estoicismo que encontramos en las más bellas composiciones de los místicos islámicos y de nuestros santos poetas castellanos». A continuación fray Diego transcribe el siguiente pasaje cervantino: «Cide Hamete, filósofo mahometano escribe: 'Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda; la primavera sigue al verano; el estío, al otoño; y el otoño al invierno; y el invierno, a la primavera; y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; solo la vida humana corre a su fin ligera más que el viento, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten'».

Según fray Diego, la vida como rueda es imagen habitual en la poesía islámica e, inclusive, en pensadores judíos como León Hebreo que con tanto detalle trata del tiempo circular en sus *Diálogos de amor...* acudiendo precisamente a la concepción de los árabes en este tema.\*\*

Fray Diego concluye diciendo: «Queden aquí estas líneas escritas por mandato de mi director espiritual y en descargo del único peso importante que quedaba en mi conciencia: la ocultación de mi original identidad que, ruego a Cristo y a nuestro santo fundador, quede sepultada definitivamente en el pasado con el viejo hombre que fui, antes de que la Verdad y la iluminación de la Gracia enderezaran mi camino hacia el hombre nuevo que busca la salvación en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia Apostólica y Romana. Amén».

\*\* No deja de ser interesante, para destacar el profundo aprecio de Cervantes por el neoplatonismo, tan influyente en el misticismo árabe, que en el prólogo del Quijote aparezca una entusiasta referencia a los Diálogos de Amor, diciendo: «si tratádes de amores con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas»

Este desconcertante documento, del que he transcrito lo fundamental, ha constituido la fuente de información más asombrosa que he poseído nunca. Ha sido por años objeto de mi análisis obsesivo y detenido, y es precisamente su austeridad expositiva, su claridad y su sorprendente sencillez lo que me ha impedido efectuar sobre él un estudio sofisticado. Los datos escuetos de fechas y situaciones coinciden con las peripecias africanas y carcelarias del ilustre Manco de Lepanto. La historia narrada por Hamete ben Gelie es por cierto verosímil. Hay que tener en cuenta asimismo —para juzgar su veracidad— que al fin y al cabo se trata de su vida y que tiene un peso en la conciencia que quiere descargar definitivamente. Este testimonio no hubiera existido si es que no lo hubiera ordenado escribir fray Pedro de Moguer. Además, iba a permanecer ignorado por siglos, no representando para su autor, durante su vida, beneficio alguno.

Por otro lado su formación, de la que algo bastante significativo deja transparentar su análisis del *Quijote*, y su correcto lenguaje, pudo ser la misma que recibieron algunos selectos descendientes de aquellos árabes que luego de la reconquista se quedaron a vivir en Andalucía asumiendo la religión cristiana. Más aún: hubo muchos que preservaron secretamente sus convicciones y se comunicaron entre sí en aquel lenguaje aljamiado que guarda ricos tesoros del conocimiento filosófico, místico y literario musulmán. Entre ellos fermentó una permanente rebelión de los espíritus más robustos contra el vasallaje cultural al que fueron sometidos por sus señores iberos.

No creo que Hamete ben Gelie hubiese pertenecido a este último estamento —el de los mudéjares aljamiados—, sin embargo debemos precisar que nada nos lleva a negarlo. Solamente falta que aparezca algún texto aljamiado a él vinculado cosa que, si no es imposible, la considero francamente improbable pues Hamete ben Gelie, por elemental prudencia, debió usar en España uno o varios nombres que desconocemos. En todo caso no poseo ninguna información de fray Diego como conocedor de la escritura arábiga, aunque sí sabemos, por la mención que hace de aquel tío que escuchó de niño, que entendía la lengua árabe. Para concluir con este género de disquisiciones debo dejar establecido que, en el transcurso de mis estudios sobre este personaje, me ha inquietado permanentemente que fray Diego tomara, de todas las Reglas religiosas establecidas en Huamanga, el hábito franciscano. Se trata precisamente de la Orden que estuvo vinculada en sus orígenes con las fraternidades sufíes del siglo XIII a través de su excepcional fundador, San Francisco de Asís, quien trajo de su viaje a Egipto el uso del sayal, junto con ejercicios espirituales y actitudes de pobreza y desapego «no intelectual» que suscitaron las inmensas transformaciones que la iglesia romana requería.

Debo confesar que, desde que tomé conocimiento de este testimonio, hallé pleno sentido a la patética preocupación núcleo de la trama del Quijote: su enfrentamiento a las engañosas apariencias de este mundo. Es innegable que concebir con tanta grandeza, profundidad y gracia, un tema de esta naturaleza en el primer lustro del siglo XVII, suponía que el autor había sido iniciado en un fino, en un sutil conocimiento, cuya profundidad y riqueza solo son análogas con los grandes poetas místicos de esa esplendorosa centuria. Pero, a diferencia de Cervantes, aquellos poetas piadosos llevaron una vida de entrega religiosa y una destacable formación en las rigurosas disciplinas del espíritu. ¿Pero en un seglar? ¿En un escritor trotamundos cuyas obras anteriores al *Quijote* no dejan adivinar en absoluto el advenimiento de esta prodigiosa epopeya del alma? ¿Cómo explicarse la aparición destellante y espontánea de esta obra inmensa? Desde hace veinte años el testimonio de fray Diego de la Santa Fe-González-Hamete ben Gelie me ha dado la respuesta. La respuesta esencial, nuclear, audaz. Una respuesta que hasta hoy solo yo he disfrutado. Y temido... Y creo que así seguirá siendo mientras viva.

(De *Espejo de constelaciones*. Lima: Australis, 1991)

# JULIO ORTEGA

---

Julio Ortega Cuentas nació en Casma (Ancash) en 1942. Inició sus estudios de Literatura en la Universidad Católica en 1961 y se graduó con las tesis: *El drama de la comunicación en Los Ríos Profundos de José María Arguedas*, 1981.

## OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

*Las islas blancas*. Cuentos. Lima: Consejo provincial de Santa, Chimbote, 1966.

*Mediodía*. Novela. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970.

*Tierra en el día*. Novela. Lima: P.L. Villanueva Editor, 1975.

*Adiós Ayacucho / El oro de Moscú*. Novelas. Lima, Mosca Azul Editores, 1986.

*La mesa del padre*. Cuentos. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.

*Habanera*. Novela. Palma de Mallorca: Bitzoc, 1999.